



BEATRIZ FERNANDEZ

Desde los nueve años ha vivido relacionado con el sector textil.



BEATRIZ FERNANDEZ

Cecilio Palacios en su despacho, lugar que visita cada día, aunque ya ha dejado los negocios en manos de sus hijos.

Cecilio Palacios, del textil al turismo, toda una larga vida de amor al trabajo

Cecilio Palacios nació en Almadén hace 67 años. Está casado y es padre de seis hijos «ya todos grandes», fundador y propietario de «Almacenes Palacio», ha cambiado no hace mucho de sector empresarial entrando en el mundo del turismo y la hostelería tras construir y poner en marcha el Hotel Santa Cecilia.

¿Heredó el espíritu empresarial de alguien en su familia?

—No, fui yo solito. Empecé en un comercio de Almadén a los nueve años, cuando mis padres me metieron como chico en una tienda de tejidos. Y tú verás, a los nueve años, ni cultura ni nada, todo se ha ido adquiriendo después. Yo desde los nueve años estoy trabajando y no he dejado nunca de trabajar.

—¿No se ha tomado vacaciones?

—Vacaciones..., ahora, desde hace unos doce o catorce años es cuando las he cogido. Ni en guerra, ni con Franco, ni sin Franco, nada. Cuando se iban por ahí a los campamentos,

yo siempre trabajando. Nunca he estado de vacaciones. Además siempre me ha gustado el trabajo. A mí me dieron de chico y dio la casualidad de que me iba bien el comercio, que me gustaba, a lo mejor, si no me gustara, hubiera sido un fracaso. Me gustaba y me gusta tanto, que sigo.

—¿Cómo era aquel primer comercio?

—Era un comercio cualquiera, un comercio de tejidos que me hacía trabajar mucho, de limpiar cristales y de todas las cosas, tú verás, a los nueve años, qué iba a hacer. Iba a los recaudos, y así empecé.

—¿Cuánto cobraba en aquellos años?

—¡Huy!, nada. Empecé a cobrar diez pesetas cuando ya llevaba dos años trabajando. Ese dinero se lo daba a mi madre, porque éramos cuatro hermanos y todo hacía falta.

—¿Fueron difíciles esos comienzos?

—Difíciles porque, claro, yo era un chico pequeño, me gustaba jugar y no podía; entraba a trabajar a las nueve de la mañana, salía a las dos y media y por la noche salíamos a las diez, así que...

—Pero hubo un momento en que salió del comercio y dijo: adelante...

—Yo estaba en Almadén, me gustaba tanto el comercio y parecía que valía, entonces un viajante me dijo que si quería venir a Ciudad Real.

—¿A qué edad fue eso?

—Ya estaba casado. Tenía por lo que quizá 29 ó 30 años cuando vine. Vine aquí a Almacenes Domingo, de dependiente. Luego después, a los ocho o diez años, me fui a casa de José Ruiz en una especie de sociedad; ahí fue cuando gané un poco de dinero y entonces fue cuando me establecí.

—Usted ni siquiera dejó de trabajar durante la Guerra Civil.

—Tenía entonces 14 años, me iba a los pueblos de los alrededores de Almadén y cambiaba pantalones de pana por comida, por huevos, o por cosas.

—¿Por cuánto cambiaba un pantalón de pana?

—Pues por ejemplo, por un par de gallinas o de pollos.

—¿Cuánto dinero invirtió en su primer establecimiento?

—Muy poco dinero. 280.000 pesetas, de las que me gasté casi doscientas mil en instalación. Pagué cien mil pesetas en el acto y el resto en giros de siete mil pesetas todos los meses. Tenía un local muy pequeña al lado de la Avenida de las Provincias, pagando 3.500 pesetas de alquiler y a los ocho o diez meses cogí el local de al lado, pagando cinco mil pesetas los dos y luego cogí otro y fui para arriba, para arriba...

—¿Se puede decir entonces que la vida le ha tratado bien?

—Sí, he trabajado mucho, eso te lo puedo decir. No me ha costado trabajo el trabajo porque como me gustaba, no me ha costado trabajo. Me han ido muy bien las cosas. Yo he sido formal, nunca he devuelto un giro ni nada, y tengo las puertas abiertas en todos los sitios. A mí me ha ido bien por eso.